

González Vera

Aliste, el Sepulturero.

EL viejo Aliste no era un cualquiera. Además de ser el enterrador de cuantos voluntaria o impensadamente morían, se había cultivado para ornato propio una larguísima barba de oro descolorido que casi le bajaba hasta la cintura. Esa barba, aparte de asemejarlo bastante a San Emeterio, cuando hacía viento huía de su cara y tremolaba como una bandera indígena. Era su gran orgullo.

Nadie hablaba de ninguna otra característica suya. Su pasión por el aguardiente no se advertía, y su inclinación a los naipes no daba para comentario; pero la barba... Había sujetos que sabían todo lo que a ésta se refería: Aliste desconocía la navaja, y por conservar su barba más de una vez había rechazado sumas de dinero.

Cuando alguien perdía su vida, y en consecuencia era menester construirle ataúd, Aliste poníase un delantal que tenía una cartera desmesurada. La cartera era de su invención y le servía para preservarse la barba de los dientes del serrucho.

Los forasteros no parlían sin conocerle.

—Qué barba más notable tiene Ud.—solían decirle.

—Sí. Así es—respondía—. Si Dios le da a uno pelos no es seguramente para rapárselos.

Este diálogo, esencialmente idéntico, veníase repitiendo desde la guerra con el Perú. Formaba también parte de su personalidad.

Fuera de tener tanta barba, Aliste era un viejo de palabra torturadora. Su conversación, a menudo, tenía por infinito el recinto del cementerio. No pensaba que éste fuese el lugar espantable donde uno necesariamente termina por pudrirse. No. Por el contrario. Le parecía la mejor y más ideal morada.

—Se está tan bien ahí—decía—. Todo el día están cantando los pájaros y, naturalmente, lo hacen harto mejor que la Rosalinda. Y cuando ya no hay sol se oye el coro de los sapos. Con el permiso de Dios, prefiero eso al canto de la iglesia. En la noche también se escucha algo: por el barranco el río corre saltando y despeñándose. Al principio esa música no gusta, no puede gustar; pero después uno va comprendiendo. Mientras dura el invierno es una masa de agua sorda y apresurada, y el verano es sólo una brazada de gotas que va resbalando de piedra en piedra. Alguna vez un galope lejano, un mujido o el viento, que se pasea por el bosque, agregan algo al canto de la noche.

Algo vale estar muerto... Cuando nadie permanece en pie y la oscuridad es absoluta, los difuntos se ponen sus túnicas blancas y se van por las calles visitando a los parientes dormidos. Entran donde más les place, ven lo que sucede y se vuelven.

Ellos han pagado su dita. Ya nada tienen que ver con penurias. Si quisieran podrían aguardar el Día del Juicio con una mano sobre la otra, así como los que han terminado su quehacer; pero ellos no se cansan de velar por sus parientes, y hasta se afanan en desenbrutecerlos un poco. ¡Nada consiguen al fin!

Los pobres ni se dan cuenta del significado de tales visitas. Creen, cuando un finado les carga, que éste necesita misas. Es para reirse... porque esa manera de entender no aprovecha sino a los curas.

Si la gente fuera menos pasada por agua, se preocuparía de su propia alma y, llegada la hora, podría presentarse al Señor en mejor facha; pero ¡qué le vamos a hacer! Cada cual llena bien su plana sólo cuando la suerte le acompaña. Ahí tienen a don Manuel Albornoz. Ese viejito vivía como se debe. Se habría

ido a la Gloria de un viaje. Era cuestión de esperar. Empero lo matan y se saca la rifa, porque llega al cielo sin dilación. ¡Feliz él que ya está libre de penurias y cuidados!

En cambio los desgraciados que le dieron el bajo por una friolera, estarán en la cárcel hasta que les salgan canas verdes. Y después seguirán viviendo en espera de la muerte, tal vez llenos de achaques, despreciados, quizás sin amparo de nadie, qué sé yo. Es posible que el Señor se compadezca y únicamente les mande al Purgatorio, o les haga volver a la tierra para que sufran los males que causaron a sus semejantes. Ahora, si les hunde en el infierno, ¿quién podrá aliviarles? Allí se estarán quemando hasta la consumación de los siglos, tendrán que trabajar por fuerza y no dejarán de penar jamás. Hay que ver.

Ese hay que ver era el puente por donde su discurso se iba del asunto. Un recuerdo, la aparición del crepúsculo, tal o cual rumor distante abrían nuevas compuertas en su cabeza. Con las mismas palabras envolvía otras ideas y seguía deleitando a los clientes de don Nazario.

Los peones de terrosa piel, los artesanos lerdos y los arrieros de expresión astuta, todo ese afajo de individuos que no puede asociar sino objetos, y que no podría penetrar los versos de Pablo Neruda, aunque viviese tantos años como Matusalén, vivía en la penumbra de El Tropezón un instante de alba espiritual.

Y don Nazario... ¡Hay que ver! Don Nazario estaba tras el mostrador casi yerto, mirando y oyendo desde la altura, navegando entre las palabras y arrobado como los moradores del paraíso de Brahma. ¡Hay que ver!

Se dejaba conducir por la generosidad hasta el punto de vender el aguardiente al costo.

La tertulia era numerosa. El mismo Tristán venía a festejarse, acaso para olvidar a los difuntos malignos que le corrían los entierros; pero la visita más decorativa no era Tristán sino Damián Pulido. Los demás llenaban los huecos, completaban el cuadro, servían de resonancia. Agradaba verlos oscilar en la penumbra.

—Dígame, Aliste, ¿de dónde saca usted tantas cosas?—preguntaba el dinámico Pulido.

El sepulturero explicaba ese fenómeno.

Yo mismo no lo sé bien... Me figuro que en la cabeza tengo una bolsa; pues, apenas digo una palabra, todas las demás van cayendo sin remedio, casi contra mi voluntad. Es cierto que cuando uno larga cuanto se le viene a la cabeza, se le para la lengua sin forzamiento.

Y en cada punto aparte Aliste purificaba su voz vaciándose una copa de aguardiente. Era el guía de la reunión. Claro es que tenían razón al admirarlo. En su frondosa cabeza se almacenaba la más amplia sabiduría popular. Conocía el anecdotario del pueblo desde medio siglo, sabía leyendas de innumerables tierras, tenía conocimientos objetivos sobre las creencias, gozaba de cierta iniciativa interior y malgastaba preciosas horas en indagar cuanto podía ocurrir entre los quinientos pobladores de la aldea.

Donde Aliste abría camino propio era en la calificación de los fenómenos. Las ideas y las figuras, la realidad y la fantasía ocupaban el vasto pero único plano de su cerebro. Él, si no cubría la verdad desnuda con el manto diáfano de la fantasía, no era por oposición a Queiroz. No. De ningún modo. Era porque una y otra le interesaban igualmente. Hablaba de la trilla y del Infierno como de hechos próximos y convergentes.

Si en mis manos hubiese tenido la lámpara de Aladino y el don de llegar hasta su interna galería de imágenes, no me habría extrañado ver pasearse a Dios y al Alcalde de Alhué por las calles de su alma.

El aguardiente, que don Nazario olvidaba cobrarle, y su propio discurso le producían una pesada embriaguez. Echaba sus piernas al camino y se iba a su casa caminando de un lado a otro, como si el centro del horizonte pudiese cambiar de ubicación.

En las noches cerradas, cuando el contorno no era sino una masa de sombra blanda y flotante, su cuerpo perdía la consistencia y también la estatura normal. Daba un paso y el pie

demoraba casi infinitamente en alcanzar la tierra. El suelo se algodónaba; pero más lamentable aún era el paso por la vereda del bosque. Tenía que inclinar su cabeza para evitar que las manos de los árboles le tiraran los cabellos. Desde ahí avanzaba con mayor lentitud, porque ni siquiera percibía el ruido de sus pisadas. Costábale precisar si se había detenido o seguía la marcha. Eso le hastiaba y resolvía no preocuparse hasta que su mano diera naturalmente con la puerta de su casa.

Cuando Aliste bordeaba ese punto de su paralogización era seguro que yacía en el camino, formando un haz con la tierra y con la infinita sombra de la noche.

El pobre viejo, sin sospecharlo, dejaba su cuerpo ahí tendido y seguía tranqueando invisiblemente. Pero no llegaba a su destino. Esto lo advertía cada cierto tiempo. Por consolarse pensaba entonces que las calles son más cortas, y apretaba la marcha. Mas su casa no aparecía. Era como si todas las calles se alineasen unas tras otras ante sus cansados pies. ¡Qué contrariedad más grande!

Resignado, seguía aplastando el polvo del callejón, deseoso de avistar la luz familiar que le aguardaba hasta el alba y atento al canto del río que oiría seguramente en el minuto próximo. Por fin, y este fin demoraba en llegar, su mano caía sobre el picaporte. ¡Qué júbilo el suyo! Con sólo cargar el puño la puerta se abriría rechinando.

Pero su expectativa fallaba. La puerta, la vieja puerta de dura madera, no cedía. Y ahí se quedaba tiritando y pensando en todas esas maldiciones que tiene la virtud de mejorar la temperatura.

Antes, a una hora psicológica, la mujer de Aliste venía en busca suya; pero desde que el Señor quiso llevársela, esa función desapareció.

El viejo permanecía en tierra roncando como en su propio lecho, eso sí que menos seguro. Ahí estaba expuesto a ser pasto de las inmundas sabandijas del bosque y de todos los seres nocturnos. Sólo por complacencia del destino no mordía su cuerpo el reumatismo o la helada.

A veces el asno solía estar en las proximidades del bosque y acudía en amparo del ebrio sepulturero. Resoplaba en las propias barbas del viejo, rebuznaba en su oído o le advertía su presencia palpándolo con una de sus patas. Aliste readquiría el dominio de sus sentidos por la vía del espanto. Pero se reponía luego y comenzaba a izarse sobre sus cansados miembros.

Y reemprendía la marcha. Caminaba llevando un brazo sobre el cuello del asno. Este se dejaba conducir y soportaba con paciencia evangélica las confianzas que Aliste le iba vaciando en su oreja.

El pícaro viejo se emocionaba con el asno y declaraba quererlo como si fuera su propio hijo.